

CUARENTA AÑOS DEL TEATRO DE LA UNIVERSIDAD CATÓLICA

Amigos y amigas:

El teatro es y será una fiesta. Aún en las más desdichadas tragedias representadas en el escenario, el trasfondo de toda obra teatral es la celebración de la existencia humana, la búsqueda de aquello que trasciende y perdura tras una apariencia efímera: un gesto, una palabra, una acción, pueden conmover nuestras almas porque finalmente hablan de nosotros mismos, de nuestros sueños, de nuestras secretas esperanzas, de nuestras convicciones. Todo ello constituye fruto de la imaginación, que engrandece nuestros horizontes y humaniza el mundo. Por ello, en esta ocasión tan especial, el cuadragésimo aniversario del Teatro de la Universidad Católica, séame, permitido hablar del teatro a través de una metáfora, siendo tan sólo un espectador, uno de los tantos que, acomodado en una butaca, ha sido apresado en innumerables ocasiones por la magnífica fantasía brotada de la representación dramática.

Imaginemos un viejo barco a punto de zarpar al amanecer. Imaginemos que los hombres y mujeres que lo van poblando no suben por la escalerilla con ningún equipaje personal, sino que llevan en las manos pelucas, espadas, vestidos de terciopelo, miriñaques, sombreros de fieltro; transportan, también, sillas, cortinas, escaleras, cuadros, un largo entablado de madera astillada. Son los integrantes de una compañía de teatro isabelino que, habiendo perdido el apoyo de la reina, se embarcan para buscar su destino en alta mar. No los aguardará la promesa de un escenario propio; tampoco recalarán en ninguna ciudad específica donde firmen un buen contrato; sólo recogerán en los puertos de paso algunos víveres y

pertrechos y a todos aquellos pobladores que, a cambio de unas cuantas monedas, quieran formar parte de su asombrado y viajante auditorio. Y así, como en la *stultifera navis* medieval, montados sobre un entablado bamboleante y haciendo las veces de telón de fondo la mañana súbitamente cortada por la brisa o la noche de cielo negro y proceloso, interpretarán para ellos las maravillosas imaginaciones urdidas por el genial bardo del Avon; serán el rey Lear; serán Romeo y Julieta; serán Oteló; serán Hamlet y la sombra afantasmada de su padre; serán el avaro mercader y el ambicioso Macbeth; serán, en suma, todos los hombres y a la vez ninguno.

Lo que les acabo de relatar podría ser el argumento de una novela o de una película fantástica, pero podría constituirse además en una ilustrativa alegoría del teatro en estos tiempos y en nuestro país. Por un lado, él ha de enfrentarse a la casi nula protección que el Estado brinda al arte teatral, desatención que, en muchos casos, termina convirtiéndolo en su peor enemigo. Por otro, él cuenta, a pesar de todo, con la terca, incansable vocación de los hombres y mujeres que trabajan en los escenarios y quienes, contra viento y marea, persisten en la tarea de compartir con nosotros un sueño en un mismo recinto, de presentarnos mundos ficticios y a la vez conmovedoramente reales, de confrontarnos con los misterios de la condición humana y transformarnos en cada función a fuerza de transformarse ellos mismos. En esa doble tensión, acicateada por la velocidad y la estridencia con la que esta era tecnológica a veces acalla la imaginación, el arte teatral libra día a día una desigual batalla en la cual cada puesta en escena es motivo de fiesta.

Pero además, la vocación por el teatro está asociada con la vida errante y ello debemos entenderlo en un sentido amplio, pues no hablamos simplemente de moverse de uno a otro lugar, sino, más profundamente, de aventurarse constantemente en nuevas andanzas. Como en la alegoría que

les he referido, aquellos que la abrazan han de echarse a explorar un mar incierto y azaroso, un mundo lleno de penurias y sacrificios muchas veces ajeno a las precarias seguridades de una existencia común y corriente. Si la sopesamos bien, esa forma de vivir es una apuesta profundamente humana, una continua búsqueda que permite desnudarnos en nuestro fuero interno, despojarnos de nuestras circunstanciales máscaras y descarnarnos, al fin, en toda nuestra miseria y esplendor, por obra de esa peste con la que Artaud comparaba el arte dramático.

Si estamos de acuerdo en que todo arte es capaz de reflejarnos y desenmascarnos como seres individuales y gregarios, nos parecerá justo y necesario concluir que esa función la cumple en un grado especial el teatro, pues en la escena confluyen la palabra y la imagen, la voz y la presencia pero, sobre todo, la vida, la vida enraizada en las situaciones y personajes que pasan ante nuestros ojos y cuya próxima intensidad bulle en las conciencias de todos después de acabada la función. No es, pues, en vano que el teatro sirva de frecuente metáfora para explicar la vida y que, a la vez, los sueños se entremezclen con la vigilia gracias al poder de los dramas histriónicos.

El arte nunca ha sido un convidado extraño a nuestra Casa. Por el contrario, siempre ha sido un integrante cabal de nuestra comunidad. Fieles a esta tradición, hace cuatro décadas la Universidad Católica asumió el reto de dar cabida a la dramaturgia en sus aulas. Así, un memorable 22 de junio de 1961, Ricardo Blume tomó a su cargo el timón del Teatro de la Universidad Católica, esa pequeña y endeble embarcación que se lanzaría, con éxito que hoy todos palpamos, a la conquista de los vastos territorios de la imaginación y la belleza.

A lo largo de siete años de ardua travesía, ese joven actor talentoso y entusiasta fue gestando un espacio con espíritu propio. A la luz de los

clásicos del teatro español, los estudiantes se formaron como actores y técnicos, dando vida a la primera generación de los cariñosamente llamados “tucos”. En esa inicial tarea lo acompañaría una tripulación de nota: Onorio Ferrero, Pablo Fernández, Jorge Chiarella, Silvio de Ferrari, Alonso Alegría, Marco Leclere. Ya con la adquisición del local del jirón Camaná, en la década del setenta tomarían la posta Luis Peirano, Clara Izurieta, Jorge Guerra y Alberto Ísola, directores que vislumbraron nuevos horizontes y exploraron las audacias del teatro de vanguardia. De esa hornada, como es sabido, surgieron actores y directores de gran calidad y montajes premiados internacionalmente. En tiempos más recientes, esta responsabilidad recaería en Roberto Ángeles y María Luisa de Zela, quienes propiciaron una apertura permanente a los diversos derroteros por los que hoy transitan el teatro peruano y latinoamericano.

Es gracias a todos ellos, y a tantos otros que en este momento es imposible nombrar, que nuestra Casa de Estudios ha podido presentar al público más de un centenar de obras, además de forjar notables generaciones de escenógrafos, luminotécnicos, directores y actores que han desplegado sus talentos en los escenarios de nuestro país y fuera de él.

Son, pues, abundantes, los frutos que nos convocan en este aniversario. Por ello, me gustaría que comprendieran que es mucho más que un deber protocolar el saludarlos, con el afecto personal y el de toda la comunidad universitaria, a cada uno de ustedes, queridos amigos, quienes en sabia amalgama de esfuerzo y devoción han brindado y brindan forma y sustancia al Teatro de la Universidad Católica.

La querida y emblemática figura de Ricardo Blume, quien hoy nos honra con su visita, y a cuya labor generosa y pionera debemos el haber dado vida a lo que alguna vez fue tan sólo un sueño, merece mención especial. Pocos como él pueden representar la constancia, la dedicación, el

cariño y la maestría dedicadas a un arte que entre nosotros es un arduo e incomprensible menester.

Queridos amigos:

El quehacer teatral constituye una aventura azarosa y eso lo puede testimoniar cada uno de ustedes. También lo comprendemos bien quienes tenemos a cargo la conducción de la Universidad. En verdad, en los cuarenta años que lleva de existencia, el TUC ha atravesado por mares diversos, a veces calmos y otros agitados. Todos aquellos que han tenido la suerte de pasar por él han contribuido con su experiencia a escribir la apasionada carta de marear en la que se consigna el enorme esfuerzo que significa hacer teatro en el Perú. Hoy, reunidos para celebrar los primeros cuarenta años de vida del TUC, asistimos a una etapa de renacimiento y renovación de voluntades, a una etapa en la que una singular triada, conformada por ~~Alberto Isola~~ ^{V. Isola}, Celeste Viale ~~y Ruth Escudero~~ ^{Ruth Escudero}, se encargará de encauzar una propuesta integral de escuela que haga justicia a una honorable historia.

Corren, pues, aires de cambio y de optimismo; ellos anuncian que esta aventura no se ha agotado y que, por el contrario, se renueva uniendo madurez y juventud. Así, nuestra Casa de Estudios celebra con ustedes este cuadragésimo aniversario, que marca el feliz reencuentro de diversas generaciones y es señal del inicio de tiempos propicios para el Teatro de la Universidad Católica y, por ello mismo, para el teatro en el Perú.

Muchas gracias.

SALOMÓN LERNER FEBRES

RECTOR

26/6/2001